

AMAPOLAS EN EL PELO

I

Doña Águeda, nuestra maestra en la escuela de Albalat, vivía en una casa grande, con corrales y almazara siempre repleta de aceite, que elaboraba su marido, Adolfo, un hombre introvertido y enjuto, con la mirada esquiva, silencioso y desabrido.

Y junto a la casa de doña Águeda estaba la de mi amiga Fina. Por eso la maestra ya la conocía cuando su madre quiso escolarizarla.

—Le traigo a mi Josefina, porque su padre y yo queremos que aprenda a leer y a escribir. Ya que nosotros nos sabemos...—le dijo aquella mujer a la maestra. Luego doña Águeda le acarició la mejilla a su nueva alumna y le dijo que se sentara junto a mí.

Aunque sólo aprendió a dibujar las letras y a sumar con los dedos, Fina siempre escuchaba con mucha atención a doña Águeda, sobre todo cuando nos hablaba de la noche de San Juan, y nos relataba sus historias de las ninfas, los seres feéricos que durante esa noche mágica salían a la luz de la luna para pasear junto al arroyo, por la olmeda.

«Son seres mágicos que habitan en las aguas de los ríos, los arroyos y las fuentes», nos explicaba doña Águeda. «Las que andan por los bosques son las dríades, y a las del aire se les llama sílfides».

Pero, en mi memoria vieja de aquel tiempo, también persisten, muy nítidos, los recuerdos de aquella primera mañana en que doña Águeda, con un pañuelo que le tapaba el cuello, parecía destilar una tristeza y desolación que le rebosaban por los ojos húmedos y enlutados con extraños moratones.

Aquel día no nos habló de las ninfas, sino de los faunos, de los machos que, según ella, a veces salen a la luz y a la vida desde las profundidades de cuevas tan hondas que comunican con el infierno, y buscan ninfas para humillarlas y maltratarlas. De esta forma se erigen en sus señores

oscuros, que las toman con brutalidad, y, despiadados, las maltratan, para que ahoguen con lágrimas su libertad y su dignidad. Y, con los ojos ya anegados por el llanto, la maestra nos dijo que, una vez atrapadas, es muy difícil escaparse de estos machos brutales.

«En realidad son sátiros, una variedad depravada de los faunos», nos explicaba la maestra. «Son seres lascivos y crueles».

Después hubo más días tristes en que doña Águeda iba a clase con un pañuelo anudado al cuello, y trataba de ocultarse el rostro, dedicando más tiempo a escribir en la pizarra, de espaldas a nosotras. Y Fina, como siempre, persistía en su intento de copiar con esmero lo que allí ponía; aunque al final sólo le salían extraños garabatos.

Ella siempre prestaba mucha atención a los relatos de la maestra, sobre todo los de las ninfas y los sátiros. Y, cuando doña Águeda acababa de contarnos sus historias sobre aquellos seres mágicos, se quedaba pensativa, perdida entre los enredos de su imaginación siempre encendida.

–Doña Águeda, ¿cómo visten las ninfas? –preguntó un día en clase.

Entonces la maestra le explicó:

–Ellas simbolizan la felicidad y la fertilidad de la naturaleza. De modo que siempre son sensuales y delicadas. Y visten acorde con su belleza boscosa. Sus ropas son de color azul celeste, pero intenso, sobre todo cuando están en el agua. Colores que complementan con jirones de otras prendas verdes. También se ponen velos y capas de tul color turquesa. Y muchas flores en el pelo.

Eran esas mismas vestimentas que nos pusimos aquella primera tarde en que celebramos la llegada de la noche de San Juan en la olmeda, junto al arroyo. Con la ayuda de la maestra nos hicimos nuestros vestidos de ninfas, vaporosos y repletos de colorido. Con ellos, y muchas flores en el pelo, retozamos felices por la pradera.

Durante aquella representación teatral, la maestra también nos leyó cuentos de las hadas del agua. Y nos habló de Melusina, aquella hada inventada por el escritor Mújica Laínez, en su novela el Unicornio:

«Me llamo Melusina, –nos leyó doña Águeda–. Y la sola mención de mi nombre debería bastar. Pero no basta ¡ay!, nada basta en un siglo como el actual en que los escolares deben aprender tantas cosas difíciles que ya no queda tiempo para las fundamentales».

Después de aquella primera vez, hubo otras muchas, incluso ya acabada nuestra escolarización, en que seguimos celebrando junto al arroyo la noche de San Juan. Allí, vestidas como nos dijo doña Águeda que lo hacían las ninfas, leíamos cuentos de las hadas del agua, y brincábamos y bailábamos por aquella pradera de donde siempre brotaba la felicidad y el verdor.

Pero ahora también rememoro con dolor aquellos otros días en que la maestra iba a clase con un pañuelo anudado cuello, y con marcas en la cara, y la mirada amoratada y triste. Era en esos días cuando siempre nos advertía de los peligros de los sátiros acechantes. «Tienen los ojos secos y arrasados. Carcomidos por la culpa. Sin humedad ninguna, como si no albergaran lágrimas ni emociones. Además, nunca miran de frente. Siempre lo hacen de soslayo y esquivos. Son las miradas turbias y escondidas de los canallas y los cobardes», nos explicó un día la maestra, mientras Fina la escuchaba muy atenta, con sus ojos de extravío repletos de brillos húmedos.

Una mañana de primavera entró la madre de Fina en clase: «Vengo a decirle que mi hija va a dejar la escuela. Ya nos hemos dado cuenta de que aquí no aprende nada. Además, don Bruno nos ha ofrecido su casa para que entre a servir. Y mi Josefina ya tiene edad y cuerpo para trabajar, y ganarse la vida. Porque, aunque no aprenda a leer ni a escribir, limpiar, fregar y planchar se le da muy bien, ¿sabe usted?»

Aunque lo intentó, doña Águeda no pudo evitar aquel precoz absentismo que sufrió su alumna más querida.

Y, desde aquel día, Fina no volvió a la escuela. Aunque sí nos acompañó al final de cada curso, incluso después de nuestra escolarización en Albalat, siempre vestida como doña Águeda nos había explicado que lo hacían las ninfas, para celebrar junto al arroyo la fiesta de San Juan.

Se quedó embarazada con apenas dieciséis años. Decían que fue don Bruno quien la preñó; y que, para tenerla cerca, quiso casarla con Eusebio, el guarda jurado de sus fincas, un hombre violento, de inteligencia simple y modales rudos, ya entrado en años y con muchas ganas de hembra, hasta entonces sólo satisfechas en las casas de lenocinio que encendían sus neones a las afueras de la capital de provincia.

Aquel primer año de casada, con su embarazo muy avanzado, Fina no asistió a nuestra fiesta de la noche de San Juan. Luego nos dijo que su marido se lo había impedido. Sí acudió a la cita del año siguiente. Entonces algunas ya estábamos estudiando en la capital, aunque no faltamos a la reunión anual en la alameda, junto al arroyo. Doña Águeda también asistió a la nueva representación teatral, para bailar con nosotras sobre la hierba y leernos sus cuentos de las hadas del agua.

La última vez que la vimos en nuestra celebración anual, Fina, además de su vestido de ninfa y muchas flores en el pelo, llevaba un pañuelo anudado al cuello, y tenía la mirada triste y amoratada. Y al verla con aquellas marcas, doña Águeda, sorprendida e indignada, quiso conocer sus causas. Pero ella persistió en su mudez, y se echó a llorar, con hipidos entrecortados.

Luego, cuando ya escuchábamos de nuevo a doña Águeda, vimos cómo Fina se arrimaba a ella, temblando. También nos dimos cuenta de que su vestido de ninfa había empezado a mojarse entre las piernas.

–Está allí. En el camino –dijo, muy asustada y nerviosa.

–¿Quién? –preguntó la maestra, sorprendida.

–El sátiro –respondió Fina, sollozando.

Miramos entonces hacia el camino de la alameda. Y allí sólo estaba Eusebio, su marido. El último sol de la tarde encendía extraños relumbres en su chapa de guarda jurado. Había dejado la escopeta apoyada en el tronco de una acacia, y en la mano tenía un bastón, con el que golpeaba el suelo mientras nos observaba. Hasta que gritó:

–Josefina. Ven aquí. Enseguida.

Fina entonces echó a correr hacía donde él se encontraba. El sonido de la bofetada fue el primero de los estallidos que rompieron la quietud y el silencio en la brisa tibia de aquella tarde de un verano recién estrenado.

–Te dije que no vinieras –oímos que le reprochó su marido. Sólo eso. Entonces ella nos miró, anegada de lágrimas y de humillación.

Y luego, con rapidez y sorpresa, se abalanzó hacia donde él había dejado apoyada la escopeta. Y, antes de que Eusebio reaccionara, se rompió de nuevo el silencio de aquella tarde ya alumbrada por un crepúsculo de sangre. Los tiros sonaron secos, como dos truenos. Luego se extendió por toda la ribera un creciente rumor de aleteos espantados.

Después Fina corrió hacia el arroyo. Cuando llegó a la orilla, se paró durante unos instantes, antes de volar, con su vestido de ninfa ahuecado en la brisa del atardecer, hasta el centro del cauce, que durante aquellos días corría rápido y crecido.

La buscaron durante mucho tiempo. También por el río cercano donde desemboca el arroyo. Pero nunca la encontraron.

II

Desde que Fina se quedó sumergida en las aguas del arroyo, la desolación que a veces supuraba por los ojos la maestra parecía que ya se le hubiera enquistado para siempre en la mirada, con la persistencia de una pena añeja y contumaz. Aunque en sus clases continuó hablando de las ninfas y los sátiros.

Al final, ya en crepúsculo de su vida, doña Águeda decidió abandonar a Adolfo, su marido, un hombre oscuro, violento y ceñudo, con el que llevaba unida cuarenta años. Y lo hizo porque quería, al menos en el último tramo de su existencia, vivir libre de amenazas y de pañuelos que le

taparan las marcas del cuello, las muescas evidentes de la sórdida brutalidad que tuvo que sufrir durante toda su vida de malcasada.

Fue ya durante el tiempo de su jubilación cuando yo empecé a acompañarla en sus paseos por la olmeda del arroyo, para que me hablara de su vida y del magisterio que yo también había empezado a ejercer, en la misma clase en que ella me enseñó a creer en la verdad de los cuentos. Por eso compartió conmigo sus conocimientos y su interés por el mundo de los seres feéricos, que, según me explicó, era cómo denominaban los tratados de magia y fantasía a las hadas, las ninfas y las ondinas que habitan las aguas, los bosques y la imaginación de quienes creemos en ellas. También me habló entonces de sus planes para retratar a la ninfa que habitaba en el arroyo.

«Es muy guapa. Y viste acorde con su belleza acuática y boscosa. Sus ropas son de color azul celeste, cuya intensidad se agranda cuando está sumergida. Además completa su atuendo con jirones de otras prendas verdes. También se pone velos y capas de tul color turquesa. Y muchas flores en el pelo», me volvió a explicar una tarde junto al arroyo, con esas mismas palabras que tantas veces había oído cuando asistía a sus clases.

—Voy a retratar a esa ninfa que vive en el arroyo —me dijo un día—, intuyendo primero su presencia, que no es física, sino etérica, casi astral.

Y entonces yo le dirigí una mirada entre escéptica y extrañada.

—¿No estará usted mezclando la realidad con la fantasía, doña Águeda?

—Está aquí —me dijo, mirando al agua—, a salvo de los sátiros, sumergida. Aunque a veces sale a retozar entre las hierbas, los juncos y las ramas de los árboles. Voy a fotografiar los lugares donde intuyo su presencia. Seguro que en algún momento captó el fulgor de sus ojos siempre húmedos.

Pero una tarde, desolada, me habló del peligro que ya acechaba a la ninfa. Y era porque su ex marido, que seguía ejerciendo de olivarero y empresario del aceite, estaba empeñado en construir una nueva almazara, y en lugar de hacer las correspondientes pozas para los desechos del alpechín,

había mandado instalar una tubería hasta el cauce del arroyo, de forma que, cuando en enero empezara a funcionar aquel molino, la sanguaza y los líquidos fétidos que sobraban en la elaboración del aceite irían a parar al agua, convirtiéndose así en un caldo negro, capaz de pudrir y matar cualquier ser vivo que hubiera por allí.

—Si esa sanguaza llega al agua, la ninfa se muere —me contó una tarde en nuestro paseo habitual—. Habla con él. Dile que no puede envenenar así el arroyo. Díselo tú. Hazme ese favor.

Pero todos mis intentos fueron baldíos. «¿Qué intereses tienes tú en que el arroyo esté limpio?», me preguntó un día que fui a verlo a su casa. «Por los árboles, que se van a pudrir, y por los pájaros y los patos que viven allí, que no va a quedar ni uno si suelta el alpechín», le dije, en mi fracasado intento de que detuviera aquellos vertidos.

Era un día próximo a la Navidad de aquel año cuando se esperaba al Presidente de la Diputación para que inaugurara la nueva almazara. Ya había empezado a llover, pero ello no impidió que doña Águeda se colocara frente al ayuntamiento, con varias fotografías que puso sobre uno de los bancos de aquella plaza, en las que se veía la hierba y los árboles junto al arroyo, con distintos colores según las estaciones, pájaros y aves buceando, o chapoteando en el agua, a la sombra de los olmos. Y junto a las fotos había colocado una pancarta, en la que decía: «Todos morirán cuando se inaugure la almazara».

La maestra se protegía de la lluvia bajo un paraguas grande y antiguo, de varillas metálicas, que terminaba en una punta larga y fina.

El empresario Adolfo y el alcalde se presentaron ante ella escoltados por dos números de la Guardia Civil:

—¿Pero tú te crees que vamos a consentir esta subversión? —le dijo el alcalde, exaltado.

Después hizo una señal con la cabeza a los guardias civiles y a continuación se dirigió hacia el sitio donde se esperaba al Presidente, mientras Adolfo se quedaba allí, observando cómo los guardias civiles retiraban la pancarta y las fotografías, para que nada alterara los actos oficiales

previstos en la inauguración de la nueva fábrica de aceite. Entonces doña Águeda se dirigió a él y le dijo:

—Si te empeñas en soltar la sanguaza al arroyo, te mato, Adolfo. Tú verás —le explicó la maestra a su ex marido, de forma tranquila, pausada, mientras cerraba el paraguas, lo ataba, bien apretado, con una cinta negra, y dejaba que la lluvia la mojara, y corriera por su pelo y su cara.

—¿Cómo te atreves a amenazarme? ¡Meretriz! ¡Libertina! Echaré al arroyo los desechos. Porque es más barato, y porque me da la gana —le escupió Adolfo a la maestra, acompañando sus palabras con las babas que segregaba de continuo en su deteriorada ancianidad y con la mirada inflamada de un odio ya enraizado en su cerebro de saurio viejo.

—Sátiro maldito —le espetó entonces doña Águeda, que, con un movimiento rápido, imprevisto para él, levantó el paraguas cerrado y le clavó la punta metálica en el cuello. Luego, enseguida, a Adolfo le empezó a manar un surtidor de sangre, y, cuando reaccionaron los guardias civiles, sólo pudieron ver cómo ya había transformado la expresión de su cara en una mueca de estupor, mientras emitía unos extraños graznidos, antes de caer desplomado y quedarse en el suelo con la boca abierta y los ojos, ya sin ver, mirando fijamente hacia un cielo de color ceniza.

Debido a su edad y a la habilidad de un abogado para alegar en su defensa un trastorno mental senil, a doña Águeda la ingresaron en el hospital psiquiátrico; aunque se escapó a los pocos días. Luego la encontraron en la olmeda. Estaba echando amapolas al agua, y cuando le preguntaron, ella sólo dijo: «Son para la ninfa Fina, que vive aquí, escondida de los sátiros brutales; para que se las ponga en el pelo, con su vestido de tul, y baile, libre».